Paul Strathern

Filósofos en 90 minutos

LOCKE

en 90 minutos



Locke gastó gran parte de su tiempo escribiendo largas cartas floridas a mujeres libres, pero nunca llegó a casarse y terminó viviendo en platónico ménage à trois con un Miembro del Parlamento por Essex y su esposa. Locke ha sido el único gran filósofo en llegar a ministro, a pesar de que su filosofía era revolucionaria y sirvió de inspiración tanto a la Declaración de Independencia de Norteamérica como a la Revolución Francesa.

Una introducción y un epílogo

sitúan la obra de Locke dentro del panorama de la filosofía; también se ofrece una lista cronológica de fechas filosóficas importantes. Finalmente, una selección de citas de sus dos obras más importantes, Ensayo sobre el entendimiento humano y Dos tratados sobre el gobierno, da indicación de sus intenciones, conceptos más importantes y de su estilo.



Paul Strathern

Locke en 90 minutos

Filósofos en 90 minutos - 12

ePub r1.0

Titivillus 22.11.15

Título original: *Locke in 90 minutes*
Paul Strathern, 1996
Traducción: José A. Padilla Villate
Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Introducción

La filosofía camina hacia atrás. Comenzó con un universo de ideas complejas, hermosas y, a veces, en conflicto entre sí. Poco a poco, con la ayuda de la intolerancia religiosa, la razón y el deseo de entender, la filosofía fue reduciendo su mundo a proporciones más comprensibles. Todo se fue haciendo más sencillo, más obvio, hasta que la filosofía se redujo a describir el

mundo tal y como lo vemos realmente. La filosofía se adentra con John Locke en este terreno llano.

Las grandes ideas suelen ser a menudo obvias y ninguna lo es más que las de John Locke.

Hoy veríamos gran parte de su pensamiento como sentido común. Su filosofía puso los fundamentos del empirismo, esto es, la idea de que el conocimiento del mundo se basa en la experiencia. También introdujo la idea de democracia liberal, que se ha convertido en el dogma de la civilización occidental. Gentes que no tienen la menor idea de filosofía tienden a aceptar estos credos filosóficos,

incomprensibles hace unos trescientos años.

Todo esto haría de la filosofía de Locke algo de poco interés, pero no hay ninguna razón por la cual la filosofía no pudiera resultar aburrida; al contrario, hay muy buenas razones para que lo sea. Los problemas comienzan cuando las obras filosóficas son interesantes y la gente las lee. Las gentes que leen tienden a creer lo que se les dice, y ya se sabe lo que pasa; la primera parte del siglo veinte es un horrible recordatorio de lo que sucede cuando grandes multitudes toman en serio la filosofía. Por fortuna, esta disciplina ha progresado hasta dejar atrás su estado infantil, cuando se

esperaba que los que la estudiaban creyeran en ella. Pero no siempre ha sido así y algunos de los más sabios entre los filósofos se dieron cuenta de las trampas en que podían caer si los lectores entendían lo que ellos decían. Spinoza resolvió el problema haciendo que sus obras fueran ilegibles. Sócrates, por su parte, pensó que lo mejor sería no escribir nada en absoluto. (El primer procedimiento fue el adoptado por Kant y Hegel; el segundo por Polique, Ehrensvard y Huntington-Jones.) La solución de Locke fue escribir una filosofía tan obvia que resultara aburrida. No siempre lo fue; el pensamiento y las ideas de Locke

resultaron revolucionarios en su tiempo y cambiaron el curso del pensar.

Locke ha sido el único gran filósofo en llegar a ministro, y eso se nota. Fue un hombre de muchas facetas, pero la mayor parte de su personalidad era consistente y práctica. Su filosofía funciona, tanto en el terreno individual como en el de la sociedad en general.

Vida y obra

Locke trató de vivir una vida casi tan aburrida como su filosofía. Por suerte para nosotros, que no para él, le tocó vivir en un tiempo interesante, y no pudo evitar el verse involucrado. John Locke nació el 29 de agosto de 1632 en una cabaña bastante cochambrosa, de techo de paja, junto a la iglesia de un pueblo de Somerset, Wrington. Su padre era un abogado de pueblo sin ambiciones y su

madre, de quien se decía que había sido muy bella, era hija de un curtidor. Poco después del nacimiento de Locke, sus padres se trasladaron a una propiedad familiar cerca de la pequeña ciudad mercado de Pensford, al sur de Bristol. Locke creció allí, en una casa de labor de estilo Tudor llamada Belluton. Hace tiempo que desapareció el edificio original, pero se dice que la casa que hay actualmente se construyó sobre sus cimientos. Se encuentra sobre una colina que domina la pequeña población, más bien vulgar, de Pensford, pero desde allí, en un día de verano, se puede gozar de una maravillosa vista sobre las colinas de Mendip hacia Midsomer

Norton y la abadía de Downside.

El idilio rural saltó en pedazos por el estallido de la Guerra Civil en 1642, cuando John Locke contaba diez años. La guerra era la culminación de una larga disputa entre el rey Carlos I y el Parlamento. Carlos creía en el derecho divino de los reyes, según el cual el monarca recibe su autoridad directamente de Dios y no es, por tanto, responsable ante instituciones regidas por simples mortales. Los miembros del Parlamento, encargados de votarle al Rey su dinero, pensaban de otra manera. En realidad, la Guerra Civil fue una pelea en el *ring* entre la clase mercantil emergente en la esquina roja y el Rey y

su aristocracia terrateniente en la esquina azul. Dividió al país y traería la primera revolución triunfante de la historia moderna de Europa.

La familia de Locke apoyaba al Parlamento. El miembro local del Parlamento, Alexander Popham, fue hecho coronel de la milicia parlamentaria regional y nombró al padre de Locke su capitán. El padre de Locke dejó su hogar para incorporarse a la campaña; después de encontrarse con unas pocas columnas realistas sorprendidas, a las que pusieron rápidamente en fuga, la milicia del coronel Popham se reunió con el ejército del Parlamento en Devizes; pero

esta vez los realistas estaban preparados y, en la derrota que sobrevino, el padre de Locke y Popham tuvieron suerte en escapar con vida, en vista de lo cual «decidieron abandonar la vida militar», y regresar a casa.

Como consecuencia de los disturbios que sucedían entonces en el país, la familia de Locke se encontró sin medios de subsistencia. El coronel Popham hizo lo que pudo por su antiguo capitán, pero sólo le consiguió un puesto de funcionario del condado a cargo del sistema de alcantarillado, lo cual quizá refleja el grado de estimación local por ambos ex guerreros.

Carlos I fue capturado en 1646 y,

tres años después, decapitado. Fue instaurada la República *(Commonwealth),* muy pronto con Oliverio Cromwell a su cabeza. Mientras tanto, el coronel Popham pudo hacer otro favor, como miembro del Parlamento, a su amigo el capitán Locke. Como parlamentario le era permitido designar alumnos que entrarían en la escuela Westminster de Londres, la mejor del país en aquel tiempo. Este favor concedido al hijo de un oscuro y pobre abogado del oeste del país, había de cambiar la vida de John Locke. Es dudoso que Locke, sin esa educación, hubiera tenido la oportunidad de desarrollar su talento excepcional.

Curiosamente, aunque la escuela estaba bajo el control de un comité del Parlamento, su director era realista. Se trataba de un actor fracasado, de nombre Dr. Busby, famoso por sus dramáticas y sadistas palizas. Según el poeta Dryden, contemporáneo de Locke en Westminster, «nuestro director Busby acostumbraba a dar latigazos hasta que hacía del chico un completo zoquete». No obstante, el ensayista Steele, también alumno, era de la opinión de que Busby era «un genio de la enseñanza». Y ésta es, sorprendentemente, la opinión que ha prevalecido. Dos siglos más tarde, el primer ministro Gladstone, alabó al Dr. Busby como «el fundador del sistema

educativo».

John Locke era un muchacho frágil y la perspectiva de un encuentro con el Dr. Busby estimuló, sin duda, al completo sus facultades intelectuales dormidas. Siendo uno de los estudiantes más brillantes de Westminster, Locke tuvo que conocer al precoz Dryden, que estaba publicando poesía ya antes de dejar la escuela. Dryden debió de aprender algo de las técnicas de supervivencia de su maestro realista, que ejercía en la propia sombra del Parlamento, en un tiempo en el que Rey era ejecutado al otro lado de la Plaza del Parlamento, en Whitehall. A los veintiséis años, Dryden escribiría un

tributo heroico a Oliverio Cromwell. Dos años más tarde, cuando fue restaurada la monarquía, Dryden compuso un homenaje igualmente melifluo a Carlos II y fue luego premiado con el puesto de Poeta Laureado; compuso entonces un himno a la iglesia anglicana, pero cambió su mente cuando el católico Jaime II subió al trono, se hizo entonces católico romano y escribió un homenaje épico al catolicismo. Para su desgracia, esta vez fue pillado, pues pocos años más tarde fue entronizado el rey protestante Guillermo, y Dryden fue despojado de sus laureles. Todo esto es demasiado interesante para tener algo que ver con

Locke, pero sirve para ilustrar los frecuentes (y a menudo peligrosos) cambios en las suertes políticas que habrían de tener lugar en el curso de su vida. A diferencia con el gran poeta, Locke miraría sus principios como algo más que una veleta. Aún así, sufrirían varias transformaciones, la primera de las cuales tuvo lugar en sus días de escolar en Westminster. Locke había sido criado en un hogar firmemente parlamentarista, pero en la escuela se hizo amigo de varios condiscípulos realistas. Estas amistades, junto con su disgusto por los excesos parlamentarios (como la ejecución del Rey), le abrieron hacia una opinión más simpatizante con

los realistas. Ya aparecían las dos cualidades por las que había de ser famoso: el aprendizaje por la experiencia y la tolerancia.

Los comienzos de Locke en otros campos fueron tardíos; si bien destacaba en la escuela, no se puede decir que se mostrara ya como un gigante intelectual. En realidad, no dejó la escuela hasta la edad de veinte años, la misma edad a la que le era ofrecido a Leibniz un puesto de profesor. El 1652, Locke se inscribió en el Christ College de Oxford. La educación en la Universidad de Oxford permanecía todavía como en la época medieval. Los estudiantes debían dirigirse en latín a sus tutores, y entre sí

cuando estaban en las áreas comunes. El pénsum se limitaba al estudio de los clásicos, la lógica y la metafísica. Aristóteles y la Escolástica lo dominaban todo, sin atención ninguna a la filosofía de Descartes y a los recientes y amplios avances en ciencias y matemáticas. A los estudiantes les tocaba lo peor de ambos mundos, pues habían sido abolidos los antiguos beneficios de la educación medieval; en tiempos muy recientes habían sido cerrados los burdeles y tabernas de Oxford por el vicecanciller de la Universidad, que hacía honor a su título[1].

Las asignaturas clásicas y la

escolástica sin tregua le resultaban tan aburridas que Locke se sintió inclinado a buscar estímulo intelectual en otros campos y se interesó por los experimentos químicos y la medicina. La ciencia experimental había sido introducida recientemente en Oxford por John Wilkins, pero se le dedicaba un interés marginal. Se la miraba con el mismo desdén intelectual que reciben hoy en las universidades la percepción extrasensorial o la economía. (Puede ser que el hecho de que Wilkins era cuñado de Cromwell ayudara en un principio a superar esta oposición.)

Locke fue iniciado en la medicina por su antiguo amigo de escuela Richard

Lower. Los conocimientos médicos se basaban en gran parte todavía en Aristóteles y los maestros griegos, como Galeno e Hipócrates, pero había muchos que creían necesario ampliarlos por medio de la investigación científica y la experimentación, que habían traído ya grandes adelantos en el estudio de la anatomía, como el descubrimiento de la circulación de la sangre por Harvey. (El amigo de Locke, Lower, emprendió un experimento arriesgado, tanto para el paciente como para él, y fue el primer hombre en practicar con éxito una transfusión de sangre.) Aún así, para efectos prácticos, la medicina seguía en gran medida siendo cosa de cirujanos

matasanos y sanguijuelas. Locke leía ávidamente sobre los últimos avances, pero se cuidó mucho de hacer de la carpintería médica su *hobby*.

Por entonces, el grupo puritano dominaba la Commonwealth y el país comenzaba a sufrir el fanatismo religioso postrevolucionario, el que ha llegado a ser la norma hoy, incluso después de las revoluciones ateas. Los ingleses han sido siempre muy buenos en eso de ser aburridos, y varias veces en su historia se han impuesto como indiscutibles campeones mundiales en este campo. Éste fue uno de esos periodos. Todos los signos visibles de goce fueron rigurosamente prohibidos

bajo el puritanismo; hasta las Navidades fueron prohibidas, a pesar de su significado. Se esperaba de los ciudadanos que trabajaran todo el día y que pasaran muy pacientes y conformes el resto de su tiempo. La vida cedió paso a la indoctrinación por el partido, la policía del pensamiento, los delatores (que acusaban a los malvados que comían pudín de Navidad o cometían delitos similares) y largas sesiones de estudio de markismo, luquismo y juanismo. Finalmente, hasta los ingleses llegaron a hartarse y decidieron invitar a Carlos II a hacerse cargo; preferían ser gobernados por un borracho que vivía con una prostituta antes que renunciar al

pudín de Navidad.

Entretanto, el padre de Locke cayó gravemente enfermo. Locke supo que estaba siendo tratado por el célebre doctor irlandés Edmund Meara y escribió a su padre expresándole su confianza en que estaba en buenas manos y en que pronto se recuperaría. Esto es extraño, pues el Dr. Meara era famoso por haber denunciado como fraude el descubrimiento de Harvey de la circulación de la sangre, y había escrito un panfleto virulento en el que atacaba a un amigo de Locke, el médico de vanguardia Lower. De resultas de las atenciones del Dr. Meara, el padre de Locke empeoró y, al cabo de pocos

meses, murió. La conducta de Locke parece inexplicable, aunque viajó a Somerset antes del desenlace y llamó a un nuevo doctor. ¿Sería que guardaba algún resentimiento, quizá inconsciente, contra su padre? El padre de Locke era un hombre estricto en el hogar, pero es posible que perdiera autoridad después de que quedara arruinado durante un tiempo por la Guerra Civil. Locke se refirió luego siempre a su padre con respeto; como tenía el hábito de reservarse para sí sus sentimientos más hondos, sólo podemos especular.

Locke heredó a la muerte de su padre un trozo de tierra y algunas casitas de campo; su renta le proporcionaba

unos ingresos con los que podría haber vivido modestamente toda su vida, pero Locke no tenía ningún deseo de ser un caballero rentista. Ya se había graduado y era preceptor en Christ Church. La Restauración había traído consigo un nuevo liberalismo y Locke sacó provecho de ello, a su típica manera prudente. Empezó por dirigir sus miradas a las señoritas de alrededor, las que deseaban ser consideradas como tales señoritas y que a menudo se comportaban así, excepto en la corte real y en las comedias de la Restauración. A juzgar por los retratos que de él se conservan, Locke era un hombre muy apuesto, de maneras

austeras y distinguidas, algo quebrantado, quizá, por su constante mala salud. Sufrió de asma desde la infancia, según algunos por causas psicosomáticas, pues se supone que hubo ciertas tensiones en su hogar cuando era niño. No parece una receta para la dicha doméstica la conjunción de una madre guapa, pero de baja extracción social, y un abogado sin ambiciones ni dinero, que le llevaba diez años y que pasaba largas temporadas fuera de casa peleando en la Guerra Civil o inspeccionando el alcantarillado del condado. En todo caso, el asma no impidió que los ojos de Locke miraran risueños a su alrededor,

aunque fue criado en un hogar del Parlamento de costumbres puritanas. No abandonó del todo sus antiguas lealtades, a pesar de que transfirió sus simpatías hacia los realistas. En el fondo de sí guardaba todavía algo de la ética puritana, tanto en su conducta como en sus preferencias entre las jóvenes; les escribía largas e intrincadamente recatadas cartas y ellas le respondían de manera igualmente amorosa. Cito de un típico ejemplo:

> Digno Señor,
>
> No podéis imaginar con qué contento y satisfacción leí vuestra educada y atenta carta…
>
> Lamento saber que hubisteis de

apartaros de vuestro camino, y me arrepiento con pesar de haber sido yo la causa, pues os aseguro que en mis preces estaba el ruego de que tuviérais un viaje feliz…

Y así sigue, y termina:

«Quedo de vos vuestra cordial amiga».

Locke respondió una semana después.

«El que mi respuesta no haya sido tan rápida como la vuestra se debe a la imposibilidad de recuperarme del éxtasis en que me sumió vuestra carta, pues una semana es poco tiempo».

Como era de esperar, parco era el resultado de estos galanteos, frecuentemente prolongados en el tiempo y que, a veces, manejaba osadamente con más de una señorita a un tiempo.

Pero es posible que Locke fuera un tanto insincero sobre la razón de su tardanza de más de una semana en responder a su cordial amiga, pues, a pesar de su mala salud, se había impuesto una pesada carga de trabajo y estudiaba hasta bien entrada la noche.

Si bien Locke era profesor de griego clásico, dedicaba gran parte de su tiempo a los estudios científicos, en la práctica puramente teóricos, no obstante sus preferencias por los experimentos

prácticos.

El interés por la ciencia parece haber obedecido a una necesidad profunda en Locke. Al igual que su país, estaba dividido entre la «adhesión irreflexiva a la tradición» de los realistas, y el «entusiasmo» (esto es, fervor emocional espontáneo) de los puritanos. La ciencia fue la solución al dilema, pues ofrecía temas que dependían solamente de la experiencia (más que de la tradición) y alcanzaba sus verdades por medio de la experimentación (más que por convicción ferviente).

Las lecturas que hizo Locke de ciencia racional le condujeron

finalmente a la filosofía racional de Descartes. Éste era, por fin, su verdadero interés; a la tardía edad de treinta y cuatro años, fue Descartes quien le provocó «el gusto por los estudios filosóficos» y quien ejercería una influencia decisiva sobre él. En realidad, algunos comentaristas franceses le tienen todavía hoy por un seguidor de Descartes, sin mucho sentido, como bien señaló Voltaire, que rechazaba a Descartes y recibió una fuerte influencia de Locke.

Es muy cierto que Locke apreciaba la importancia de Descartes en el derrocamiento de Aristóteles y en la terminación de siglos de asfixiante

escolasticismo. Admiraba también el método de Descartes para llegar a una base firme e indiscutible de la verdad. Descartes ponía en duda la evidencia de sus sentidos y hasta los hechos mentales; llegó a su famosa conclusión: «*Cogito ergo sum*» (Pienso, luego existo.) Y sobre este fundamento reconstruyó un mundo más seguro por medio de la razón y la deducción. Locke veía con buenos ojos el método de Descartes, en cuanto que dejaba de lado muchas nociones y prejuicios normalmente aceptados, pero su instinto era científico y ello le llevaba a desconfiar del método racional y deductivo de Descartes para llegar a la verdad del mundo. En opinión

de Locke, ésta podía sólo descubrirse por inducción, que es el método científico.

Locke se sintió animado en sus ideas por el pensador francés Gassendi, uno de los críticos más perspicaces de Descartes. Gassendi era un matemático de cierta brillantez, pero donde realmente se las ingenió para cuadrar el círculo fue en su propia vida, al combinar los papeles de cura, filósofo y científico; como filósofo se adhirió al epicureismo —que no creía en una vida después de la muerte—, y como científico, fue el primero en observar el movimiento de Mercurio alrededor del sol —cuando el Papa todavía decretaba

que el sol y los planetas giraban alrededor de la tierra—. Uno no puede menos de preguntarse cómo se las arreglaba para reducir su pensamiento circular al cuadrado de la ortodoxia católica, siendo, como era, un sacerdote católico.

Gassendi pensaba que todo conocimiento se basa en la percepción sensorial. Para Locke, esto fue el equivalente al *cogito* de Descartes y ése había de ser el fundamento sobre el que construiría su filosofía.

Locke nunca reconoció su deuda con Gassendi, lo cual concuerda con su carácter. Locke fue toda su vida un hombre desmesuradamente reservado;

usaba en sus cuadernos de notas una taquigrafía cifrada y diversos códigos inescrutables, y tenía la costumbre de borrar letras o eliminar nombres y lugares de la correspondencia que recibía. Incluso cuando escribía a sus amistades femeninas, usaba a veces tinta invisible para los párrafos más sugerentes, si bien este término es bastante relativo en su caso. («Si es acorde con la verdad la opinión de que todos tenemos un ángel tutelar, estoy seguro de que vos sois el mío cuando veo que, bajo la protección de vuestra compañía, no sólo soy feliz, sino mejor, y que, cuando estoy a vuestro lado no osan acercárseme los males que me

acechan en otros lugares», es todo lo que se arriesga a decir, con o sin tinta invisible.)

Además de tratar de esconder su deuda con Gassendi, el carácter reservado de Locke le llevó a negar cualquier otra influencia importante sobre su pensamiento. Había leído en su época de estudiante la obra maestra de Hobbes, *El Leviatán,* favorable al autoritarismo político y donde expone una visión pesimista, según la cual, sin gobierno, «la vida del hombre [es] solitaria, pobre, áspera, brutal y corta». Los seres humanos hablan pensado que este estado de naturaleza era insoportable y se habían congregado en

sociedades gobernadas con el fin de superarlo. Cualquier forma de gobierno es mejor que ninguna y, por lo tanto, debemos obedecer a quienquiera que gobierne.

Locke estaba muy de acuerdo. «El magistrado de toda nación, cualquiera que haya sido el modo como fue formada, *debe necesariamente tener un poder absoluto y arbitrario sobre todos los actos ordinarios de su pueblo*». Es ésta una visión comprensible durante los años que siguieron a la Guerra Civil, en medio del «gran manicomio que es Inglaterra», pero estaba muy lejos de la tolerancia que había de ser la piedra angular de su filosofía posterior. Con los

años, las ideas de Locke evolucionaron, separándose de esta primera opinión, pero siempre negó que fue Hobbes quien influyó en él y le incitó a ocuparse de filosofía política.

Por entonces Locke había llegado a ser profesor en el Christ Church y había comenzado a profundizar en el estudio de la filosofía política. Escribió, en 1663, un artículo, que no publicó, titulado *La ley de la Naturaleza,* que marca una etapa decisiva en su pensamiento; en él combina audazmente filosofía y política de una manera que no se había hecho antes y que rara vez ha sido mejorada después. Locke sugiere que el elemento vital en todo problema

político es la naturaleza del ser humano y que, para comprender esta naturaleza, debemos primero descubrir cómo el ser humano llega al conocimiento del mundo que habita. Los intentos posteriores de pasar por alto esta profunda unión entre filosofía y política han resultado a menudo en una filosofía o una política inhumanas.

Como veremos, estos problemas conducen directamente a la filosofía posterior de Locke, y también a una visión más optimista de lo fundamental de la naturaleza humana.

Después de cuatro años de galanterías con señoritas de Oxford y de enseñar griego, Locke se decidió a

buscar más frescos prados. En 1665 consiguió el nombramiento de secretario de una misión diplomática a Brandemburgo. A juzgar por sus cartas, no le gustó la comida extranjera, «más un revoltijo que una comida»; en una ocasión le sirvieron «un trozo de carne de vaca cubierta de mermelada de membrillo» que resultó demasiado germánica para su gusto. Rechazó otras ofertas de empleo en diplomacia y regresó a sus habitaciones de Oxford. Leyó las más recientes obras de Descartes y prosiguió con su interés en medicina, cuidándose de no ir demasiado lejos no fuera a coger la peste, desatada en el país por entonces.

En Oxford conoció Locke a un aristócrata bastante feo que había de tener un papel importante en su vida. Lord Ashley medía apenas metro y medio, pero era hombre de vigorosa personalidad. Había apoyado originariamente a los realistas, pero cambió de bando en medio de la Guerra Civil, cuando sospechó que Carlos I estaba planeando pasarse por entero a los católicos; fue designado por Cromwell para el Consejo de Estado durante la República, pero riñó luego con su jefe. En 1660, Ashley formó parte de la comisión enviada por el Parlamento para pedir a Carlos II que volviera, que todo estaba perdonado.

Cuando Locke lo conoció, Ashley era una de los personajes políticos más poderosos del país; parece que Locke le cayó muy bien desde el principio y enseguida le hizo su médico particular. Locke ayudó al parto de la esposa de Ashley, a pesar de no estar realmente cualificado para ello. Ashley sufrió una vez de un absceso supurante en el hígado; uno esperaría que Locke hubiera llamado a un doctor, pero no, sino que se decidió a operar después de consultar unos tratados de medicina. Se llamó a un cirujano barbero y se le ordenó que abriera a su señoría, tras lo cual Locke insertó un tubo de plata para drenar el absceso. Lord Ashley siguió llevando el

tubo durante toda su vida, convencido de que Locke le había salvado, lo que, sorprendentemente, casi con certeza hizo.

Además de servir como curandero a la familia Ashley, Locke ejerció también de tutor de los niños e incluso llevó a cabo las negociaciones para el matrimonio del hijo de Lord Ashley. Los casamientos aristocráticos ingleses, al igual que los de los campesinos de la Europa central, se arreglaban siempre después de un arduo regateo entre las dos familias implicadas, en el que las consideraciones más importantes se referían de costumbre, tanto para campesinos como para los de sangre

azul, a la capacidad genésica, las tierras y el dinero. Los méritos estéticos o los bellos sentimientos no requerían mucha consideración, puesto que eran evidentes. Después del acostumbrado forcejeo, Locke consiguió un contrato conveniente y el matrimonio siguió adelante.

Locke vivía ahora en Londres y podía mantener reuniones periódicas con sus iguales en intelecto. Discutían los últimos acontecimientos filosóficos y científicos, tales como la posibilidad de que un hombre sobreviva con un tubo de plata inserto en su abdomen. Locke escribió otro folleto político, su *Ensayo sobre la tolerancia*. En él afirma que

nadie sabe lo suficiente para dictar a otros su religión, que al obligar a alguien en contra de su voluntad sólo se consigue un conformismo hipócrita y que todos somos responsables ante Dios, lo cual no sólo nos hace seres morales sino que presupone nuestra libertad. El que estas opiniones originales nos parezcan hoy piadosos lugares comunes da cuenta de la sabiduría de Locke, más que de nuestro juicio.

Las cosas eran distintas en la Inglaterra del siglo diecisiete. Locke se decidió prudentemente por no publicar el *Ensayo sobre la tolerancia*, que en cualquier país de Europa (con excepción de la liberal Holanda) le habría

garantizado una vida entre rejas; éste era el ensayo que contenía las ideas seminales que habría de desarrollar en su obra maestra de filosofía política, *Dos tratados sobre el gobierno*.

En 1672, Ashley fue hecho Lord Shaftesbury y designado Lord Canciller, el puesto político más alto del país. Lord Shaftesbury (que es como se le conoce usualmente en los libros de historia) tenía por Locke una consideración más alta que la debida a un médico-casamentero y buscaba su consejo en asuntos políticos e intelectuales. (En aquellos tiempos lejanos, ambas cosas no eran mutuamente excluyentes). Ashley y

Locke tenían muchas ideas en común, en particular sobre los beneficios del comercio exterior y sobre la tolerancia. (Si bien en el caso de Shaftesbury, no siempre en cuanto a lo último. No creía en la tolerancia frente a los católicos y un historiador le recuerda como «uno de los más apasionados anticatólicos de la historia inglesa»).

Shaftesbury tuvo entonces el buen juicio de designar a Locke para varios puestos en la administración; durante algunos años fue secretario del recientemente formado Consejo de Comercio y Plantaciones. De resultas de esto, Locke pudo poner en práctica sus teorías políticas y ayudó a redactar la

constitución de la colonia de La Carolina.

Las ideas de Locke sobre la democracia liberal habrían de tener un efecto en la filosofía política más duradero que muchas otras en la historia de esta así llamada ciencia. Si bien es cierto que los antihéroes como Maquiavelo, Luis XIV y Marx son lo que roban la luz de los focos, las ideas de Locke fueron incorporadas a la constitución de los Estados Unidos de Norteamérica, la constitución británica y aquellas a las que ésta sirvió de modelo, e incluso, por un breve periodo, a la constitución francesa.

Locke continuó discutiendo sus ideas

políticas con sus amigos intelectuales; cierta tarde, después de disputar con «cinco o seis amigos reunidos en mis habitaciones», decidió poner sus ideas filosóficas en forma coherente, lo que con el tiempo llegaría a constituir la base de su obra maestra *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Recientemente, al mirar la primera edición de esta obra en la Biblioteca Británica descubrí una nota en el margen, escrita con mano temblorosa y con tinta sepia desvaída, al parecer del amigo de Locke, Tyrrell, refiriéndose al encuentro en las habitaciones de Locke: «Fue el invierno de 1673 cuando me recuerdo a mí mismo como uno de ellos». Esta

histórica tarde se puede decir que marcó el comienzo del empirismo, la primera filosofía, desde los orígenes de ésta más de dos mil años antes, que daría el paso radical de basarse en la experiencia.

De entonces en adelante, durante los veinte años siguientes, el problema del conocimiento humano, cómo llegamos a él y qué es precisamente, habría de ser la ocupación principal de Locke. Hacia 1675, el asma de Locke había empeorado de tal manera que no podía seguir viviendo en Londres. El aire, pesado del polvo de carbón, humo y niebla, perjudicaba a sus pulmones. Largos episodios de tos y fatiga le llevaban a menudo hasta la extenuación,

de modo que Locke se vio forzado a abandonar la mayor parte de su trabajo administrativo y retirarse a Oxford, donde todavía era profesor en Christ Church. Por entonces también, Lord Shaftesbury cayó en desgracia y fue destituido; Locke se fue a Francia alegando razones de salud, pero casi con certeza, también con algún cometido político de Shaftesbury. Locke permanecería cuatro años en Francia. Allí entró en contacto con los gassendistas (los seguidores del cura-científico Gassendi, muerto veinte años antes). Eran partidarios del método experimental adoptado por Kepler y Galileo y creían en una ciencia basada

en partículas atómicas. Al igual que su maestro, rechazaban tanto el escolasticismo como a Descartes, en favor de un método más empírico y hedonista (aunque esto último pueda parecer tristemente teórico a sensibilidades modernas). La idea de que aprendemos a través de la experiencia y el principio de que en la filosofía social el placer debe ser considerado algo bueno, siguieron teniendo un papel importante en el pensamiento de Locke.

Durante este tiempo actuó en ocasiones de tutor de los hijos de aristócratas ingleses y viajó por toda Francia; su salud continuaba

molestándole y se diagnosticó a sí mismo, basándose en sus extensas investigaciones médicas, la tisis, que produce un deterioro de todo el cuerpo, en particular de los pulmones. El balneario de Montpellier tenía fama de curar la tisis y en una oportunidad viajó allí para hacer la cura, pero con escasos resultados, en parte por causa de su erróneo autodiagnóstico. Siguió quejándose de la comida; en una ocasión llegó a una posada en la que «todo el menú no consistía en otra cosa que repollo, una rana y algunas bayas de la estación». Tampoco le atrajeron mucho los franceses (todos los hombres picados de viruela, los jesuitas duermen

con las monjas, etc.).

Sufrió un accidente en un viaje por el nuevo Canal du Midi entre Tolosa y Agen; «me cayó en la cabeza un gran mástil del barco», pero ya se había recuperado a su regreso a París, donde pudo ver a Luis XIV y la Reina en la ópera. Tuvo otra oportunidad de poner en práctica sus habilidades médicas (todavía sin diploma). La esposa del embajador británico deliraba de dolor por causa de las muelas; su médico francés (diplomado) le había extraído dos muelas perfectamente sanas sin resultado. Locke examinó a la paciente y diagnosticó neuralgia trigeminal, posiblemente el primer diagnóstico de

esta clase en la historia de la medicina. Prescribió una purga violenta que, sorprendentemente, hizo el efecto deseado. (Quizás fue ésta también la primera vez que se ha curado así un dolor de muelas.

Cuando Locke regresó a Inglaterra en 1679, el país era presa de una crisis política. Carlos II intentaba hacer de su católico hermano Jaime el heredero al trono. Shaftesbury dirigía la oposición parlamentaria a este intento. Shaftesbury había sido ya antes encerrado en la Torre por los problemas que creaba, pero ahora contaba de nuevo con el favor del Rey; había sido nombrado Lord Presidente del Consejo Privado, y

trataba de lograr la reconciliación entre Carlos y el Parlamento. En medio de todo esto, Locke le envió un trabajo titulado *Observaciones sobre el cultivo de la viña y las aceitunas,* con el fin de «que sea posible que algo bueno venga de Francia». Por desgracia, Shaftesbury no tuvo mucho tiempo para estudiar tan fascinante documento, pues fue arrestado, acusado de traición por maquinaciones de sus enemigos. (Entre ellos estaba el antiguo condiscípulo de Locke, Dryden, que inmortalizó a Shaftesbury en su Absalon y Aquitofel, no solamente uno de los mejores poemas satíricos del siglo diecisiete, sino también uno de los más injustos.)

Locke tenía ya casi cincuenta años, pero todavía miraba con buenos ojos a las damas y era muy activo con la pluma, a juzgar por su correspondencia. Pero sus ojos y su pluma no son símbolos, o un eufemismo, de algo a lo que Locke se dedicara; no era ese tipo de hombre. Sus intenciones no parecen haber sido deshonestas, ni siquiera honestas; en realidad, uno se pregunta si tenía alguna intención. En una de sus cartas se refiere a «matrimonio o muerte (que son casi la misma cosa)». En 1682 conoció a Damaris Cudworth, una hija de veinticuatro años de un experto en Platón de Cambridge. Damaris era, con mucho, la mujer más inteligente que

había conocido y era capaz de conversar con él en términos de igualdad. Era proclive a los «arrebatos de humor» (como Locke, en algunas ocasiones), pero tenía una inteligencia emocional y parece que se enamoró enseguida de Locke. Él conservaba su porte distinguido, aunque la enfermedad le había dejado flaco y algo débil. Pero Locke estaba sólo interesado en su acostumbrado tipo de amistad, una especie de tortura de la gota de agua china por correspondencia. Se intercambiaron poemas y cartas en las que se llamaban Filoclea y Filandro (una extraña elección, dadas las circunstancias). Filoclea pretendía

descender de Cadwallader, el legendario último rey de los antiguos britanos y Locke la llamaba su «gobernadora» (de nuevo, no se debe suponer ninguna conducta impropia). Entonces, Filoclea pensó que se había desenamorado y que todo lo que deseaba era amistad, con lo cual, según la farsa de las emociones usual en la Restauración, Locke descubrió que ahora él estaba enamorado.

Mientras tanto, Shaftesbury había sido juzgado en Londres, pero liberado por un jurado que simpatizaba con él, y huyó de inmediato a Holanda para salvar la vida. (Mí moriría un año después de «gota en el estómago», un

diagnóstico digno del mismo Locke). En Inglaterra, todo el que tuviera alguna asociación con Shaftesbury estaba bajo sospecha y también Locke corría peligro. Se apercibió de que espías le vigilaban en Oxford. El informe de un espía dice: «Locke lleva una vida muy astutamente ininteligible». Por fin una vida reservada obtuvo su recompensa; los espías profesionales no podían competir con el astuto filósofo y Locke les dio esquinazo escapando a Holanda; en el momento crítico, pues el Rey le había destituido de su puesto en Christ Church, colocado en una lista de ochenta y cuatro traidores y despachado una orden de extradición para el gobierno

holandés. Locke se Ado obligado a esconderse en La Haya.

Entretanto, le llegaron noticias de que Damaris Cudworth se había casado con un viudo del norte del país llamado *Sir* Francis Masham. Es difícil estimar los sentimientos que esto causó en Locke. Amaba a Damaris como probablemente no había amado a ninguna mujer en toda su vida, pero es posible que pensara que estaba demasiado viejo y enfermo y acostumbrado a su vida de profesor para una mujer a la que doblaba en edad. Aunque, según su filosofía: no aprendemos a través de la razón sino por la experiencia. No había tenido esta

experiencia nunca antes y me atrevo a opinar que le hirió profundamente, aunque no lo demostrara.

Carlos II murió en 1685 y subió al trono su católico hermano, Jaime II, confirmando los peores temores de Shaftesbury. Mientras, Locke, en Holanda, concentraba sus energías en la filosofía. Estaba poniendo los toques finales al *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Éste se abre con una deliciosa Epístola al lector, en la que describe su obra como «la diversión en mis horas ociosas y aburridas: si tiene la buena fortuna de distraerte en alguna de las tuyas y recibes al leerla la mitad del placer que yo en escribirla,

darás por tan bien empleado tu dinero como yo mi esfuerzo». La filosofía en ella contenida era tan amable y tan trascendental como ninguna otra desde Descartes. No era tan profundamente original, ni tan brillante, como la obra de éste pero, al destronar la razón en favor de la experiencia, les pareció a los filósofos posteriores que estaba más próxima de la verdad. Es posible que sin Descartes no habría habido filosofía moderna, pero Locke fue el padre de su línea principal de evolución, el empirismo inglés, que provocó el que Kant produjera el sistema más grande de todos, que a su vez, dio lugar a la locura elefantiásica de Hegel y al consiguiente

descrédito de todos los sistemas, para todo el mundo excepto para los marxistas y los optimistas inversores en bolsa.

Según Locke, no tenemos ideas intuitivas del Bien y el Mal, de Dios, etc. Locke creía firmemente en Dios, a pesar de ello. Puede ser que Descartes tuviera sus dudas secretas en ocasiones; Spinoza evitó el asunto convirtiendo todo en Dios y Leibniz no creía probablemente en Dios, aunque decía que sí, pero Locke permaneció inquebrantable en su fe, a pesar de que no había lugar en su filosofía para Dios. «Nada hay en la mente que no haya estado antes en los sentidos».

Empezamos como una *tabula rasa*. El conocimiento humano se deriva de la experiencia externa y la reflexión (la palabra de Locke para la introspección) que nos permite averiguar qué pasa en nuestra mente. Utilizamos la razón para sacar conclusiones de estas experiencias; así llegamos a las generalizaciones, las leyes y las verdades de las matemáticas.

Igual que Descartes, Locke pensaba que el conocimiento empírico que obtenemos a través de los sentidos sólo puede ser probable, pero no por ello lo menospreció, como Descartes. En lugar de refugiarse en la razón, usó el sentido común. El conocimiento empírico y los

conocimientos que de él se derivan son sólo probables, pero con el uso de la intuición y la deducción podemos estimar cuán probable. (Esta división entre razón y sentido común, que aparecen por primera vez con Descartes y Locke, había de ser un rasgo permanente en las relaciones filosóficas anglo-francesas y ha llegado hoy al punto en que los franceses consideran, muy razonablemente, que la filosofía inglesa no tiene en absoluto nada que ver con la filosofía, y el sentido común inglés ha llegado a una conclusión idéntica respecto de la filosofía francesa.)

En el Libro II de su *Ensayo sobre el*

entendimiento humano, Locke explica que son dos los tipos distintos de ideas que constituyen nuestro conocimiento empírico del mundo. Las ideas simples, como el color, el calor y el frío, o el gusto, son indivisibles. Las ideas complejas, por otra parte, se forman combinando estas ideas simples. De tales combinaciones pueden resultar cosas que no se corresponden con ninguna entidad en el mundo real, como los fantasmas, o los ovnis.

Locke distingue también entre cualidades primarias y secundarias en los objetos, basándose en muchas de las nociones de Galileo y Gassendi. Cualidades primarias son aquellas que

tienen todos los objetos, independientemente de lo que son; entre ellas están la extensión, la solidez y la movilidad. Las ideas producidas en nosotros por la percepción de estas cualidades se asemejan a las cualidades mismas, lo que no es el caso de las ideas secundarias como el gusto, el color y el olor. El olor y sabor de un huevo podrido son potencias de ese desagradable objeto que producen ideas no semejantes a su causa.

El pensamiento de Locke en estos puntos es reflejo de la revolución que estaba teniendo lugar entonces en la ciencia. Por algo era Locke contemporáneo de grandes pensadores

científicos, desde Galileo a Newton.

En 1688 tuvo lugar la llamada Revolución Gloriosa, cuando los ingleses pensaron que ya tenían bastante de Jaime II. Se le pidió al príncipe protestante holandés Guillermo de Orange que asumiera el trono, pero sólo bajo ciertas estrictas condiciones, que dejaban el poder efectivo en manos del Parlamento. Guillermo embarcó en Holanda y su esposa María le siguió unos meses más tarde. Locke acompañó a María, Princesa de Orange, y regresó a Inglaterra tras la Revolución Gloriosa, llamada así porque ocurrió sin derramamiento de sangre.

Locke era libre ahora de publicar su

Ensayo sobre el entendimiento humano, lo que hizo en 1689 (a pesar de la fecha de 1690 que aparece en la portada). Contraviniendo los deseos de Locke de limpiar «algo de la basura que se encuentra en el camino del conocimiento» su obra atrajo pronto la acostumbrada barrera de crítica, sobre todo de Leibniz y Berkeley. Anticipándose a nueva basura posible, Locke se puso a hacer modificaciones en su copia del libro, refutando todas las críticas según iban apareciendo, antes de que se publicara una nueva edición. (Puede observarse esta filosofía *ad hoc* en la primera edición que se encuentra en el Museo Británico, que contiene

largas correcciones de la mano de Locke.)

El año 1698 fue también testigo de la publicación de la otra gran obra de Locke, su *Dos tratados sobre el gobierno*. Locke la había escrito en 1681, pero los tiempos habían sido demasiado peligrosos para la publicación de una obra política tan liberal. Había reescrito partes del manuscrito durante su estancia obligada en Holanda; al regresar a Inglaterra hizo nuevas modificaciones que tomaban en cuenta su aprobación de la Revolución Gloriosa, lo que causó que algunos críticos le acusaran de haber escrito este libro simplemente con el fin de

justificarla. No fue así, es verdad que justifica la revolución en esta obra, pero no la había escrito con ese fin, sino más bien para prepararle el terreno.

Hubo otros que acusaron a Locke de escribirla en la esperanza de conseguir algún cargo del nuevo rey. Nada más lejos de la verdad; de hecho, Locke incluso rechazó un cargo que le ofreció Guillermo; declinó cortésmente el puesto de embajador británico en la corte de Federico III de Brandemburgo. Un embajador debía llevar una vida social y Locke dijo que no estaba a la altura de los hábitos de bebida de los alemanes. Sería mejor para Guillermo enviar un embajador dispuesto a beber,

en lugar del «hombre más sobrio de Inglaterra».

El primero de los *Dos tratados sobre el gobierno* es una refutación de las ideas de Robert Filmer, un teórico político muy popular en su tiempo, cuya fama murió mucho antes que su audiencia. (La tendencia al misterio de Locke le ahorró tales veleidades.) Filmer era un neohobbesiano que creía en el derecho divino de los reyes. Locke había reprimido mucho tiempo antes sus ideas hobbesianas (junto con *casi* todos los manuscritos que las delataban), y éste fue su intento por evitar una posible reaparición.

Locke trata en el segundo libro de

descubrir las raíces del gobierno. En el estado de naturaleza originario, los hombres eran libres e iguales, pero estas libertad e igualdad eran en gran medida teóricas, pues los hombres eran incapaces de convivir sin infringir los derechos de los demás. Locke creía que la ley natural nos concede a todos derechos naturales. Tenemos el derecho a la vida y a la libertad, en tanto que esto no perjudique la libertad y los derechos naturales de los demás. Sin embargo, sin un elemento de coerción no somos capaces de disfrutar de los derechos naturales y, para conseguir esto, tenemos que unimos en un contrato social, que nos los garantiza

estableciendo un gobierno que impóngalas leyes que los protegen. Se establece así un marco de seguridad. En estas condiciones, si bien la libertad teórica tropieza con alguna restricción, la libertad real crece.

El consentimiento del pueblo es la única base para la autoridad del gobierno. Locke deja esto muy claro: «quienquiera que, gozando de autoridad, se exceda en el poder que le confiere la ley, y haga uso de la fuerza que tiene a su mando para extenderla a temas que la ley no permite… puede encontrar la misma resistencia que cualquier hombre que invade el derecho de otro. Si el gobierno, o el gobernante, viola los

derechos de los ciudadanos individuales, el pueblo tiene el derecho a rebelarse y liberarse de este gobernante, o gobierno. Robar y destruir la propiedad de la gente, o reducirla a esclavitud [coloca al gobernante] en estado de guerra con su pueblo, que queda absuelto de toda obediencia y libre de acudir al recurso que Dios ha dado a todos los hombres contra la fuerza y la violencia». En otras palabras, la revolución.

Locke pensaba que el gobierno debe actuar solamente para el propósito para el que fue originariamente formado, a saber, la protección de la vida, la libertad y la propiedad. «Cuando un

cierto número de hombres consienten en formar una comunidad o gobierno, se constituyen por este hecho en un cuerpo político en el que la mayoría tiene derecho a actuar y concluir». Así ponía los fundamentos sobre los cuales fue construida la democracia liberal moderna. Éstas eran las ideas que servirían de inspiración, un siglo más tarde, a la Declaración de Independencia Norteamericana y a la Revolución Francesa. Si bien tales sentimientos pueden sonar como simplistas en la era moderna de las populosas democracias tecnológicas, siguen siendo en gran medida las creencias y principios de los ciudadanos

que en ellas habitan.

Locke seguía manteniendo contacto con su amiga, ya casada y convertida en *Lady* Masham; entre el filósofo y su intelectual y acomodaticia novia había obviamente una relación profunda. Ella no se convirtió del todo, sin embargo, al empirismo de Locke y retuvo fielmente algo del platonismo de su padre, una combinación que habría resultado agotadora a quien no tuviera el más adaptable de los intelectos.

Lady Masham debió de comprender mejor que nadie a Locke y sus necesidades emocionales y él era obviamente dichoso en su compañía. Locke se hizo visitante asiduo en la casa

de campo de *Sir* Francis y *Lady* Masham, Oates, unos treinta y dos kilómetros al nordeste de Londres, en Essex. El aire del campo le sentaba bien y al cabo de dos años los Mashams le invitaron a instalarse en Oates.

Esta es una historia con un final feliz. Locke aceptó agradecido la invitación de los Mashams, se mudó, y los tres parecían felices con este *ménage à trois*. *Sir* Francis era el miembro local en el Parlamento por el condado de Essex. Era un caballero inglés típico, espeso como un ladrillo y una consumada mediocridad, muy satisfecho de que su intelectual mujer tuviera alguien con quien hablar y así

poder ir él libremente a Londres a sus asuntos parlamentarios. Mostraba en su trato con Locke lo mejor de la tolerancia que el autor proponía en su filosofía. No tenían nada que decirse el uno al otro, y parece ser que se hablaban muy poco y que cada uno iba a sus asuntos. No es fácil distinguir si esto se debía a respeto mutuo o a indiferencia. Era un *ménage à trois* quintaesencialmente inglés, sin el menor atisbo de escándalo.

Oates era una casa de campo modesta, que databa de la época Tudor, construida con el ladrillo rojo local, con almenas góticas y rodeada por un foso. Estaba situada en High Lever, un pueblo en lo profundo de las tierras de Essex,

entre Harlow y Chipping Ongar. La casa tenía un placentero jardín de rosas con césped junto a un estanque, donde Locke gustaba sentarse y leer en los veranos. (Por alguna razón desconocida, todo fue aplanado en 1802 y el lugar fue dejado en abandono. El césped se convirtió en pradera húmeda, el estanque se llenó de yerbajos y gran parte del foso recreció con sedimentos. El lugar de la casa lo ocupa hoy una pradera en campo abierto, al lado de un pequeño lago que aloja a una considerable colonia de patos y gansos. Cuando, recientemente, caminaba yo por la pradera, en una mañana fría y gris de febrero, tropecé con un pequeño montículo de escombros

que surgía de entre la yerba; había varios fragmentos de viejo ladrillo rojo: todo lo que quedaba de Oates.)

Locke se mudó a dos habitaciones del primer piso, aliado del vestíbulo de entrada con artesonado, y llevó consigo algunos de sus muebles y el mínimo esencial de todo filósofo (5000 libros, según su biógrafo). Pagaba una libra a la semana por su manutención y la de su criado, y un chelín por su caballo.

Pero Locke no se había jubilado. Muy al contrario. Se le tenía ahora por la *éminence grise* de los whigs, el principal partido en el Parlamento, y se le consultaba constantemente sobre asuntos políticos. Viajaba

frecuentemente a Londres y regresaba al campo tan pronto como sus ataques de asma se hacían insoportables. Incluso aceptó un alto cargo en el Consejo de Comercio y Plantaciones.

Mediado el invierno de 1698, Locke fue convocado a un encuentro urgente con el Rey en el Palacio de Kensington. De mala gana, trepó al coche, cubrió su pecho con capas de mantas y se dispuso al largo viaje por la carretera llena de baches helados, a través de campos desiertos y nevados. Locke mantuvo siempre en secreto, por alguna razón, el propósito de esta visita al Rey y no se lo confió ni siquiera a *Lady* Masham. Sin embargo, la mayoría de las fuentes

concuerdan en que probablemente le fue ofrecido el puesto de embajador en Francia y que él cortésmente rechazó, un cargo que era más que honorífico en aquellos días.

Siempre que sus deberes públicos se lo permitían, Locke se mezclaba con los intelectuales de la época. Esta especie, extinta hoy en Inglaterra, florecía en el Londres del siglo diecisiete, sin que hubiera cuestión de las dos culturas. Locke conoció a la mayoría de las figuras literarias y científicas importantes de su tiempo, sin incluir, es de esperar, al terrible Dryden, reducido ahora a la ignominiosa tarea de traducir a Virgilio, destino totalmente merecido.

Locke fue particularmente amable con Newton, que venía a menudo a visitarle a Oates. Quienes se pregunten de qué hablaban dos de las más grandes mentes de la época mientras que, sentados en el jardín, observaban la obra de la gravedad, se verán decepcionados. Newton intentaba explicarle la gravedad a Locke y el filósofo hacía como que entendía, en el único ejemplo de deshonestidad intelectual que le conozco. Los Laurel y Hardy del saber contemporáneo (en buen lío nos metieron) pasaban su tiempo discutiendo las epístolas de San Pablo, uno de los temas favoritos de Newton, que dedicaba gran parte de sus energías a

escribir comentarios a la Biblia. Creyó hasta el día de su muerte que ésta era la verdadera obra de su vida, por la que la posteridad le recordaría mucho después de olvidada la gravedad.

En 1699, Locke se vio obligado a renunciar a su cargo en el Consejo de Comercio y Plantaciones. Tenía ya sesenta y siete años y su asma empeoraba. Viviría aún cuatro años más en Oates, escribiendo diligentemente sobre temas tan diversos como la tolerancia religiosa, el tamaño de la moneda de plata y los efectos de la tasa de interés en personas como *Sir* Francis. Finalmente, el 28 de octubre de 1704, murió, con su frágil cuerpo respirando

fatigosamente, en brazos de *Lady* Masham durante toda la noche anterior.

Locke fue enterrado en la iglesia de High Lever, donde puede todavía verse su tumba en ladrillo rojo, tras algunas rejas, contra la pared de piedra al sur. Después de su muerte, *Lady* Masham abandonó a su marido en Oates y se fue a vivir a Bath, dando así lugar a la especulación de que su unión con Locke pudo haber sido algo más que platónica. En todo caso, los tres están hoy enterrados en la nave de la iglesia de High Lever, *Lady* Masham yaciendo, como es debido, al lado de su marido.

Epílogo

El curso de la vida de Locke va desde Galileo hasta Newton. No es sólo coincidencia el que, durante sus días, llegara a ser aceptada la teoría heliocéntrica y se descubrieran el cálculo diferencial y la circulación de la sangre. Esto era literalmente impensable en términos de Aristóteles y el escolasticismo, que creían, por ejemplo, que todo consiste en tierra, aire, fuego y

agua. El mundo moderno emergente era totalmente distinto de aquel en el que había vivido el hombre medieval. Este mundo nuevo precisaba de un nuevo modo de pensar y Locke lo aportó en filosofía. Su *Ensayo sobre el entendimiento humano* fue la obra filosófica más influyente en Europa durante los cien años siguientes.

Tampoco es una simple coincidencia el que Locke fuera testigo de la última guerra civil en Inglaterra y la primera revolución triunfante de la Europa moderna. Hemos visto que el pensamiento político de Locke sentó las bases de la Declaración de Independencia de Norteamérica, la

Revolución Francesa y la democracia liberal. Estos dos elementos del pensamiento de Locke —el político y el puramente filosófico— no iban separados. Lutero había liberado a las gentes de la autoridad de la Iglesia, permitiéndoles el discernimiento privado y la conciencia personal. De manera similar, Locke les libró de la «esclavitud del error y los prejuicios». Lo que estaba ocurriendo en Europa era nada más y nada menos que la aparición del individuo. Esta mutación evolutiva —la individualidad generalizada— trataba de expresarse a sí misma y la filosofía de Locke le mostró el camino. Por un lado, libertad de pensamiento y,

por el otro, libertad de acción. Las dos fueron de la mano, tanto en la vida como en la obra de Locke. Éste fue su regalo al mundo y quedará por siempre indiscutible, cualesquiera que sean los fallos que las generaciones venideras encuentren en su filosofía y aunque ésta se quede anticuada.

Citas clave

Todo aquel que haya dejado atrás el cepillo de las limosnas y, no contento con vivir perezosamente de las sobras de opiniones mendigadas, ponga su mente a trabajar con el fin de descubrir y seguir la verdad, hallará la satisfacción del cazador, sea lo encontrado lo que sea; cada momento de su búsqueda recompensará su

esfuerzo con alguna delicia, y tendrá toda la razón en pensar que su tiempo no fue mal empleado, aún cuando no pueda presumir de grandes hallazgos.

—*Ensayo sobre el entendimiento humano,* Epístola al lector

No existen [principios innatos] a los que toda la humanidad dé su universal asentimiento. Comenzaré por los especulativos y pondré como ejemplos aquellos principios de la demostración que han sido

considerados muy importantes, *Todo lo que es, es* y *Es imposible para una misma cosa ser y no ser,* que tienen, entre todos los demás, derecho al título de innatos. Tienen tan asentada su reputación de máximas universalmente recibidas que, sin duda, se considerará extraño que alguien los cuestione. Sin embargo, me tomo la libertad de decir que estas proposiciones están tan lejos de recibir el asentimiento universal que ni siquiera son conocidos por una gran parte de la humanidad. Pues, en primer

lugar, es evidente que los *niños* y los *idiotas* no tienen la menor comprensión ni pensamiento de ellos.

—*Ibid.,* Libro 1, cap. 2, sec. 4, 5

Supongamos que la mente es, como se dice, un papel en blanco sin nada escrito, sin *ideas*.

¿Cómo se llena? ¿De dónde viene ese vasto cúmulo de cosas que la activa e inagotable imaginación del hombre ha pintado sobre él con una variedad casi infinita? ¿De

dónde extrae todos los materiales de la razón y del conocimiento? A esto respondo con una sola palabra, de la *experiencia;* en ella se funda todo nuestro conocimiento y de ella se deriva éste en última instancia.

—*Ibid.,* Libro 2, cap. 1, sec. 2

La observación, ejercitada bien sobre los objetos externos sensibles, bien sobre las operaciones internas de la mente percibidas por nosotros mismos

y sobre las cuales reflexionamos, es lo que suministra todo el material de pensamiento al entendimiento. Estos son los dos manantiales del conocimiento, de los que manan todas las ideas que tenemos, o podamos tener de manera natural.

—*Ibid.,* Libro 2, cap. 1, sec. 2

Llamo *cualidad* del sujeto (N. T.: substancia o cuerpo que causa la percepción) a la capacidad que tiene éste de producir una *idea* en nuestra

mente. Así, una bola de nieve que tiene la capacidad de producir en nosotros *las ideas de blanco, frío y redondo,* la capacidad de producir en nosotros ideas, tal como están en la bola de nieve. Llamo *cualidades* a esa capacidad; y en cuanto son sensaciones, o percepciones, en nuestro entendimiento las llamo *ideas*.

—*Ibid.,* Libro 2, cap. 8, sec. 8

Las *cualidades* en verdad no son en los objetos mismos nada más

que la capacidad de producir en nosotros sensaciones por sus *cualidades primarias,* i.e. por el tamaño, figura, textura y el movimiento de sus partes insensibles, como colores, sonidos, sabores, etc. A estas últimas les llamo cualidades secundarias… Pues la capacidad del fuego de producir un nuevo color, o consistencia en la cera o la arcilla por sus cualidades primarias, es tanto una cualidad en el fuego como la capacidad que tiene de producir en mí una nueva *idea* o sensación de calor o quemadura, que antes no sentía

por las mismas cualidades primarias, a saber, el tamaño, la textura y el movimiento de sus partes insensibles.

—*Ibid.,* Libro 2, cap. 8, sec. 10

Las ideas de las *cualidades primarias* de los cuerpos son semejanzas de ellos y sus modelos existen realmente en los cuerpos mismos; pero las ideas producidas en nosotros por estas *ideas secundarias no tienen en absoluto ninguna semejanza* de ellos. Nada hay parecido a

nuestras *ideas* que exista en los cuerpos mismos.

—*Ibid.,* Libro 2, cap. 8, sec. 15

Se puede observar que las ideas simples existen en varias combinaciones unidas entre sí; así, la mente tiene la capacidad de considerar varias de ellas juntas como una *idea;* y no sólo tal como están unidas en objetos externos, sino como ella las ha unido. Llamo *complejas* a las *ideas* hechas de varias simples unidas, tales como *la belleza, la*

gratitud, un hombre, un ejército, el universo, las cuales, aunque compuestas de varias *ideas* simples, esto es, aun cuando son *ideas complejas* hechas a partir de simples, son, sin embargo, si a la mente así le place, consideradas cada una en sí misma como una cosa entera, e identificada con un solo nombre.

—*Ibid.,* Libro 2, cap. 12, sec. 1

No tenemos la *idea* de un lugar para el universo, aunque sí de partes en él; porque, además, no

tenemos la idea de un ser fijo, distinto, particular con respecto al cual podamos imaginar que tiene una relación o distancia, sino que todo lo más allá es un espacio uniforme o expansión, en la que la mente no encuentra variedad ni señal.

—*Ibid*., Libro 2, cap. 13, sec. 10

Algunas de nuestras *ideas* tienen una correspondencia y conexión naturales entre sí; es obra y excelencia de nuestra razón el descubrirlas y mantenerlas en

esa unión y correspondencia que se encuentran en sus seres particulares. Además de éstas, existe otra conexión de ideas que se debe sólo a la suerte o a la costumbre; ideas que no tienen parentesco ninguno, llegan a estar tan unidas en las mentes de algunos hombres que es muy difícil separarlas, van siempre en compañía y tan pronto como una viene al entendimiento la otra aparece asociada con ella… No creo que nadie que haya dirigido su pensamiento hacia sí mismo o los otros ponga en duda que existen tales asociaciones

resultado de la costumbre en las mentes de la mayoría de los hombres; a esto, tal vez, pueden ser justamente atribuidas la mayoría de las simpatías y antipatías que se observa en los hombres; actúan con tanta fuerza y producen efectos tan regulares como si fueran naturales y así se las llama, aunque en un principio no tuvieron otro origen que la conexión accidental entre dos *ideas*.

—*Ibid.,* Libro 2, cap. 33, sec. 5-7

Considero que el *poder político* es el *derecho* a hacer leyes con penas de muerte y, por consiguiente, con penas menores, a fin de regular y proteger la propiedad, y a emplear la fuerza de la comunidad en el cumplimiento de tales leyes y en defender la república de daños que le vengan de fuera, y todo esto por el bien público.

—*Dos tratados sobre el gobierno,*
Ibid., T.2 cap. 1, sec. 3

A fin de comprender

correctamente el poder político y derivarlo de su origen, hemos de considerar el estado en el que todos los hombres se encuentran naturalmente, que es un *estado de libertad perfecta* para ordenar sus actos y disponer de sus propiedades y de su persona como lo consideren conveniente, dentro de los límites de la ley natural, sin pedir permiso ni depender de la voluntad de ningún otro hombre.

—*Ibid.,* T.2 cap. 2, sec. 11-8

El *estado de naturaleza* tiene

una ley de la naturaleza para gobernarlo, y obliga a todos; y la razón, que es esa ley, enseña a toda la humanidad, con sólo consultarla, que siendo todos iguales e independientes, nadie debe causar daño a otro en su vida, salud, libertad o propiedades.

—*Ibid.,* T.2 cap. 2, sec. 6 16 -10

El gobierno civil es el remedio adecuado a los inconvenientes del estado de naturaleza, que debe ciertamente ser grande

cuando los hombres son jueces de su propio caso, pues se puede imaginar fácilmente que aquel que es tan injusto como para causar un daño a su hermano, apenas será justo para condenarse a sí mismo por ello.

—*Ibid.,* T.2 cap. 2, sec. 13 110-14

A veces se pregunta, como si fuera una poderosa objeción, *¿Dónde hay,* o dónde hubo nunca, *hombres en tal estado de naturaleza? A lo* que pudiera bastar hoy, como respuesta, que,

puesto que todos los *príncipes* y gobernantes de gobiernos *independientes* en todo el mundo están en estado de naturaleza, es claro que el mundo nunca estuvo, ni nunca estará, sin numerosos hombres en ese estado.

—*Ibid.,* T.2 cap. 2, sec. 1411-6

La *libertad natural* del hombre consiste en ser libre de todo poder superior en la tierra y en no estar sujeto a la voluntad o la autoridad legislativa del hombre, sino en tener como única regla

suya la ley de la naturaleza. La libertad del hombre, en sociedad, consiste en no estar sujeto a otro poder legislativo distinto del establecido, por consenso, en la comunidad, ni bajo el dominio de cualquier voluntad, o la restricción de cualquier ley sino aquella que el legislativo decrete de acuerdo con la confianza depositada en él.

—*Ibid.,* T.2 cap. 4, sec. 11-8

Cronología de fechas filosóficas importantes

Siglo VI a. C.	Comienzos de la filosofía occidental con Tales de Mileto.
Final siglo VI a. C.	Muerte de Pitágoras.

399 a. C.	Sócrates es condenado a muerte en Atenas.
ca. 387 a. C.	Platón funda en Atenas la Academia, la primera universidad.
335 a. C.	Aristóteles funda en Atenas el Liceo, escuela rival de la Academia.
324 d. C.	El emperador Constantino traslada a Bizancio la capital del Imperio romano.
400 d. C.	San Agustín escribe sus *Confesiones*. La teología cristiana incorpora la filosofía.
	Los visigodos saquean Roma,

410 d. C.	anunciando el comienzo de la Edad Media.
529 d. C.	El cierre de la Academia de Atenas por el emperador Justiniano marca el final del pensamiento helénico.
Mitad del siglo XIII	Tomás de Aquino escribe sus comentarios a Aristóteles. Época de la escolástica.
1453	Caída de Bizancio ante los turcos. Fin del Imperio bizantino.
1492	Colón descubre América. Renacimiento en Florencia. Revive el interés por la

sabiduría griega.

1543 Copérnico publica *De revolutionibus orbium caelestium (Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes),* donde prueba matemáticamente que la Tierra gira alrededor del Sol.

1633 Galileo es obligado por la Iglesia a retractarse de la teoría heliocéntrica del universo.

1641 Descartes publica sus *Meditaciones*, inicio de la filosofía moderna.

1677 La muerte de Spinoza hace

posible la publicación de su *Ética*.

1687 Newton publica los *Principia* e introduce el concepto de gravedad.

1689 Locke publica su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Comienzo del empirismo.

1710 Berkeley publica *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*, conquistando nuevos campos para el empirismo.

1716 Muerte de Leibniz.

1739-1740 Hume publica el *Tratado de la naturaleza humana* y lleva el empirismo a sus límites lógicos.

1781 Kant, despertado de su «sueño dogmático» por Hume, publica la *Crítica de la razón pura*. Empieza la gran época de la metafísica alemana.

1807 Hegel publica la *Fenomenología del Espíritu*: punto culminante de la metafísica alemana.

1818 Schopenhauer publica *El mundo como voluntad y representación*, introduciendo la filosofía hindú en la

metafísica alemana.

1889 Nietzsche, que había declarado «Dios ha muerto», sucumbe a la locura en Turín.

1921 Wittgenstein publica el *Tractatus Logico-Philosophicus*, proclamando la «solución final» a los problemas de la filosofía.

1920-1929 El Círculo de Viena propugna el positivismo lógico.

1927 Heidegger publica *Sein und Zeit (Ser y tiempo),* anunciando la brecha entre las filosofías analítica y

continental.

1943 Sartre publica *L'être et le néant (El ser y la nada),* adelantando el pensamiento de Heidegger y dando un nuevo impulso al existencialismo.

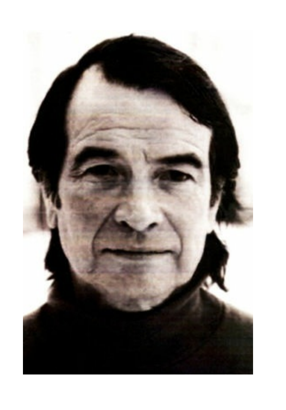
1953 Publicación póstuma de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein. Esplendor del análisis lingüístico.

Paul Strathern, escritor y académico, es uno de los más conocidos divulgadores del panorama editorial internacional. Autor tanto de novelas, biografías y libros de viajes, como de ensayos de divulgación, ha enseñado, como profesor universitario, matemáticas, filosofía y poesía moderna italiana.

Colección de «Filósofos en 90 minutos»

1. Aristóteles en 90 minutos
2. Berkeley en 90 minutos
3. Confucio en 90 minutos
4. Derrida en 90 minutos
5. Descartes en 90 minutos
6. Foucault en 90 minutos
7. Hegel en 90 minutos
8. Hume en 90 minutos
9. Kant en 90 minutos
10. Kierkegaard en 90 minutos
11. Leibniz en 90 minutos
12. Locke en 90 minutos
13. Maquiavelo en 90 minutos
14. Marx en 90 minutos
15. Nietzsche en 90 minutos
16. Platón en 90 minutos

17. Russell en 90 minutos
18. San Agustín en 90 minutos
19. Sartre en 90 minutos
20. Schopenhauer en 90 minutos
21. Sócrates en 90 minutos
22. Spinoza en 90 minutos
23. Tomás de Aquino en 90 minutos
24. Wittgenstein en 90 minutos



PAUL STRATHERN, (nacido en 1940) es un escritor británico y académico. Nació en Londres y estudió en el Trinity College de Dublín, tras lo cual sirvió en la Marina Mercante durante un período de dos años. Después vivió en una isla

griega. En 1966 viajó por tierra a la India y los Himalayas. Su novela *Una temporada en Abisinia* ganó un premio Somerset Maugham en 1972.

Además de cinco novelas, también ha escrito numerosos libros sobre la ciencia, la filosofía, la historia, la literatura, la medicina y la economía. Es el autor de dos exitosas series de libros introductorios breves: *Filósofos en 90 Minutos* y *Los científicos y sus descubrimientos*. Su libro sobre la historia de la química, titulado *El sueño de Mendeléiev* (2001) fue preseleccionado para el Premio Aventis, y sus obras han sido traducidas a más de

dos docenas de idiomas. Es el autor de los *bestsellers "Los Medici: Padrinos del Renacimiento"; "Napoleón en Egipto"*; y *"El artista, el filósofo y el guerrero: Leonardo, Maquiavelo y Borgia - Una colusión fatídica"*. Su más reciente trabajo *"El espíritu de Venecia: de Marco Polo a Casanova"* salió en mayo de 2012.

Strathern fue profesor en la Universidad de Kingston, donde fue profesor de filosofía y de ciencia. Vive en Londres, y tiene tres nietos que viven en Viena: Tristán, Julián y Opajoke.

Notas

[1] *'Vice'* significa en inglés 'vicio' *[N. del T.]* <<